

Dios y la clase única

Vicente Millán

- 0.- La leyenda del desclasificador desclasificado.**
- 1.- Aristóteles el embaucador: La desclasificación y su no-lugar en la ciencia.**
- 2.- De lo nombrable y lo innombrable: La clasificación de Dios.**
- 3.- La experiencia desclasificadora: "Lo que ningún ojo ha visto ni ningún oído ha escuchado."**
- 4.- Seres de palabras.**
- 5.- Dios y la clase única.**
- 6.- La expresión de la desclasificación.**
- 7.- El memorial de los mártires.**

*"Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo."*

[1]

*"Yo no supe donde entraba,
pero, cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo."*

0.- La leyenda del desclasificador desclasificado.

El texto que sigue tiene su origen en los esbozos obtenidos de una larga conversación llevada a cabo en Budapest el verano de 2004 entre Jorge Pavez y el autor del mismo.

Preguntas estúpidas y respuestas mendaces son las que han abierto caminos insospechados. No son pocas las escuelas de pensamiento que pueden vanagloriarse de semejante génesis, a veces cruzar palabras que pesan menos que el viento pueden dar lugar a tormentas. Bastante menos pretenciosos en nuestro caso nuestro punto de partida es el siguiente:

Tras bebernos hasta el agua de los floreros habíamos ganado el grado último de la "profundidad" y el "análisis", "objetivo" se supone, de tal modo que nuestra disposición metafísica había llegado a la altura la logorrea con la que consolábamos nuestra ignorancia. Una noche perfecta hasta que mi interlocutor sacó un librito de Quine, el típico individuo al

que nunca, por motivos obvios, dejaría cruzar el umbral de mi casa. Abusando de mi paciencia osó incluso sacar una cita donde se exponía el concepto de clase única. Divagó sobre su significado y, de paso, panegírico obligatorio de la altura y nobleza de la ciencia del susodicho Quine y sus secuaces. No hay mal que por bien no venga y ante una invitación a que yo intentase definir qué era aquello de clase única sólo se me podía ocurrir una respuesta: *la clase única es Dios*. La perplejidad de mi interlocutor demandaba algún tipo de explicación o razonamiento que avalase afirmación tan categórica y, aparentemente, sacada de lugar. En ese momento no entendía que no era la verdad lo que me interesaba sino la lucidez, de este modo por única respuesta obtuvo la lectura del poema "*toda ciencia trascendiendo*" del místico castellano S. Juan de la Cruz que encabeza cada una de las partes en que se ha dividido el texto que aquí presentamos.

A partir de ese instante dejamos a un lado el onanismo mental, al menos eso creímos, y pasamos a preocuparnos por la posibilidad de la existencia de un pensamiento desclasificador o al menos intentos en esa dirección más o menos serios más allá de la desclasificación documental. Había que dar un salto considerable y buscar allí donde la historiografía de las ideas nos dejase algún rastro, por mínimo que fuese, de posiciones claramente desclasificadoras. Ésta es la intención de las vagas referencias que se presentan a continuación.

Por desgracia los apuntes originales acabaron en manos ajenas junto al ordenador portátil que los contenía. Un año después, tras ablandarme la sesera con quehaceres más ingratos, había que hacer ejercicio de memoria y tratar de recuperar al menos las líneas maestras de lo que fuimos capaces de discernir en torno a esta cuestión, la del pensamiento desclasificador. La estructura de lo que sigue, si la tuviese en algún momento, es producto de su peculiar génesis.

Ni mucho menos es mi intención pasar a discutir las sutilezas propias de "La teoría de clases", doctores tiene la Iglesia. Tan sólo romper algunas lanzas por algunas posturas *inclasificables* dentro del mundo de las ideas.

[2]

*"De paz y de piedad
era la ciencia perfecta,
en profunda soledad
entendida, vía recta;
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda ciencia trascendiendo."*

1.- Aristóteles el embaucador: La desclasificación y su no-lugar en la ciencia.

Supongo que está *universalmente*¹ aceptado que todo saber "positivo", o que pretenda participar de ese atributo, es clasificación. Y que fuera de ese ámbito unilateral no hay conocimiento posible. Nos tocó el siglo del formalismo y la depuración de veleidades metafísicas, amén de otro tipo de purgas. Los menos afortunados en el dominio de las ecuaciones diferenciales se tuvieron que resignar a la lectura y relectura de viejos textos, hermenéuticos de lo más variopinto; al menos podían ganar más lectores. El saber quedó

¹ El término "*universalmente*" se usa en su sentido irónico designando a un espectro muy variado de personas que participan de lo que se supone que son los conocimientos positivos en la actualidad. No señala ningún entorno geográfico determinado ni a ninguna clase social en concreto; un universitario de Bamako pertenece más a esta supuesta universalidad que un afamado erudito centroeuropeo como fue el doctor Mengele.

reducido a ciencia y la ciencia a código: funciones, variables, constantes y datos. Y, por vez primera, se reemplazaba la vieja navaja de Occam por el artificio verificador, el "ordenador", *la máquina clasificadora*, el paradigma epistemológico por excelencia, esto es, de la clasificación. La filosofía quedó tan mal parada como la humanidad, casi desaparece por completo.

Lo lamentable es que ese orden de cosas canonizado por los *media*, las universidades, los centros de investigación e incluso el Santo Padre no se cuestione con la suficiente intensidad. El saber institucionalizado y su aparato meritocrático no da lugar al sueño o la locura.

Pero la historia de la razón puede tomar cualquier atributo excepto el de razonable. Podríamos hablar de una *razón artesanal* implícita en el pensamiento del Renacimiento, una *razón industrial* bien ponderada en el siglo XIX, del mismo modo de una *razón analógica* y una *razón digital*. De sinrazones, que haberlas haylas, hablaremos más adelante.

Todo saber se fundamenta sobre una arquitectura de la verdad. Y como tal ningún método puede escapar al viejo dicho de los escolastas: "*Nisi credideritis, non intelligetis.*" En la génesis de todo conocimiento, de cualquiera de las posibilidades epistemológicas, se oculta el acto de fe: a esto se reducen métodos, ciencias y verdades. Todas las arquitecturas del saber se elevan sobre pies profundamente humanos; a esto se reduce el "*orgullo de los tiempos*". Los autores medievales, tan desprestigiados hoy en día, constataron, sin apenas intuir su sentido remoto, que la fe es el principio de la ciencia.

La naturaleza humana de la clasificación, esa innata pasión por ordenar el caos, no puede evadirse de su propia condición. Bien conocida es la influencia de los medios de producción sobre cualquier posición epistemológica. Valga como ejemplo un supuesto experimento que esperemos algún día se llegue a realizar: supongamos que disponemos de una máquina capaz de pensar, ¿cuál sería la posición filosófica de semejante máquina? La respuesta es unívoca: *nihilismo*. El computador ha impuesto sus principios en la esfera epistemológica del mismo modo que la revolución industrial lo hizo con el pensamiento burgués. De ahí que creamos que los sistemas de clasificación actuales son esencialmente una expresión epistemológica de la Máquina.

Parece imposible encontrar el más mínimo indicio de desclasificación en el imperio de la Máquina. Nuestro horizonte comienza a cerrarse y hay que tantear otros caminos menos ortodoxos.

[3]

*"Estaba tan embebido,
tan absorto y ajeno,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo."*

2.- De lo nombrable y lo innombrable: La clasificación de Dios.

Tradicionalmente los saberes se han encuadrado dentro de los conceptos de ciencia, filosofía y teología. Dependiendo de tiempos y lugares unos u otros se han ido entronizando, unas veces uniéndose y otras lanzando a la hoguera al resto. Dando por sentado que la ciencia, por definición, carece de elementos desclasificadores habrá que buscarlos en las otras opciones.

Si realizásemos una estadística de los manuales al uso utilizados en la enseñanza de la filosofía, por ejemplo del número de páginas dedicadas a cada autor o escuela de pensamiento, nos encontraríamos con dos datos fundamentales que tienen su origen en la clasificación hegeliana del pensamiento. Por un lado, que la filosofía institucionalizada siempre ha sido esclava, bien de los hombres de Dios, *philosophia ancilla theologia*, bien de los hombres del Vacío, *philosophia ancilla scientia*. Por otro, la total ausencia de autores o escuelas de pensamiento adversas al dictamen decimonónico del que aún no hemos escapado. Estos pensadores exiliados, de los que más adelante daremos algún ejemplo, ni tan siquiera han tenido el privilegio de caerse a un pie de página, acabar más tarde como una lúgubre referencia bibliográfica y, por último, finalizar en el más absoluto olvido. Simplemente jamás han sido admitidos en la república del orden y buenos modos del pensamiento establecido.

Por suerte para nosotros la clasificación del pensamiento de raíz hegeliana y sus posteriores ramificaciones no es la única que se ha establecido a lo largo de la historia. El Islam ha propuesto sus propias clasificaciones del pensamiento con singular diversidad; desde la clasificación de las ciencias de al-Fârâbî o ibn Sînâ (Avicena), pasando por la clasificación con cierto “sabor” antropológico de ibn Hazm hasta la más conocida de ibn Jaldûn. Existe una diferencia fundamental entre aquéllos que se dedicaron a especular sobre el sexo de los ángeles y los que preguntaban a sus maestros cuántas veces se copulaba por noche con las huríes del paraíso²: el término que designaba a los pensadores que seguían el modelo greco-latino en el mundo islámico, los *falâsifa* (sing. *faylasûf*), era peyorativo. En este mundo musulmán, tanto ayer como hoy, el concepto de saber es mucho más amplio y trasciende los límites de la razón occidental.

En la introducción de su magnífica historia del pensamiento musulmán Henry Corbin pasa lista a la historiografía del pensamiento desde el punto de vista occidental. La pregunta es simple: ¿qué es filosofía dentro del ámbito islámico? Según los modos imperantes los únicos que pueden caer en semejante categoría serían los *falâsifa*. Pero, si tenemos en cuenta la opinión de los propios musulmanes estos denostados *falâsifa* ocupan una posición muy marginal. Entran en escena otras formas de clasificar la realidad encuadradas dentro de la teología y la teosofía.³

Pese a la incorporación de estos dos elementos en vano vamos a encontrar posturas desclasificadoras en los mismos. La teología, en cualquiera de las religiones monoteístas, es una ciencia de lo divino, un intento por clasificar a Dios, esto es, de dar nombre a lo innumerable. Al aplicar la razón a un absoluto la teología no se diferencia en exceso del resto de saberes clasificadores. Este espíritu, aunque en menor grado, también es inherente a la teosofía; la teosofía es otro género de clasificación, una suerte de taxonomía de lo suprasensible. La intención, que a la larga es lo que vale, es ciertamente la misma que en el caso de la ciencia o de la teología.

Empezamos a sospechar que unos y otros, cristianos y musulmanes, han excluido, purgado o marginado a los díscolos; el que osase dudar, o incluso negar, el estamento clasificatorio del saber iba a tener un destino poco favorable. Así, de pronto, habría que preguntarse por qué no ha quedado un sólo papel de un reputado negador de “evidencias” como ibn al-Rawandi (n. 815), desclasificador que diríamos nosotros, o de Antístenes si

² Pregunta de rigor en cualquier tratado de escatología musulmana. Tras asiduas lecturas de semejante material podemos asegurar al lector que la media son 100 actos por noche, ergo en el paraíso no se duerme.

³ CORBIN, H: *Histoire de la Philosophie islamique*, Paris, 1964.

hablamos de la mitificada hasta la saciedad cultura griega. Ya lo sabemos; quien hace la ley hace la trampa.

No es ningún misterio que sólo se entra en las "historias del pensamiento" cuando se clasifica, el resto cae a su vez en otras clasificaciones más o menos peyorativas propias de nuestro tiempo de tipo histórico-epistemológicas dependiendo en grado sumo de las arquitecturas de la verdad que dominen en una época dada.

Si tanto teólogos como teósofos han sido víctimas en mayor o menor grado de la pasión clasificadora, ¿quebada algún resquicio para las posturas perversas, capaces de negar los fundamentos del sistema epistemológico?

La Historia, que suele jugar malas pasadas a propios y extraños, iba a consentir que la lucidez acampase en el reino de la locura, el de Dios.

[4]

*"El que allí llega de vero,
de sí mismo desfallece;
cuanto sabía primero,
mucho bajo le parece;
y su ciencia tanto crece,
que se queda no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo."*

3.- La experiencia desclasificadora: "Lo que ningún ojo ha visto ni ningún oído ha escuchado."

Dentro de la tendencia general a aplicar los modelos más o menos racionales en la clasificación de Dios, del Ser o de cualquier absoluto, la mística aparece como el muladar donde acaban reuniéndose autores, tradiciones y textos que pasan por inclasificables ante los ojos del pensamiento racional. Miles de textos cuyo mensaje se oculta hábilmente con la poesía y las dobles lecturas; autores hay que podrían pasar por el hombre más devoto del mundo o por el más nihilista.

Indudablemente entendemos el término mística con mucha más amplitud que las religiones establecidas. Cada una de ellas y sin excepción ha tratado de vigilar muy de cerca este tipo de manifestaciones ante el temor de consabidas heterodoxias y herejías, no son pocos los "personajes desordenados" portadores de peligrosas doctrinas que pagaron caro andar por otras veredas.

Pese a los estrechos límites que siempre han querido imponer prebostes, ulemas y demás fauna de cantamañanas nunca se ha podido ocultar que frente a la *aprehensión intelectual* de lo Absoluto han aparecido un pequeño grupo de sujetos cuyo objetivo no era otro que la *experiencia* de lo Absoluto; en el primer caso es requisito fundamental disponer de un sistema clasificatorio en el segundo no. Ya estamos prestos para pisar tierra firme.

Lo que distingue a la mística del resto del las otras formas de conocimiento, especialmente a lo que se conoce como *mística experimental* como les gusta llamarla a los teólogos católicos, es que se trata del único camino para el conocimiento de lo Absoluto que no se fundamenta sobre una *aprehensión intelectual* de los objetos; en contra de la conceptualización descriptiva y oral de lo Absoluto la "vía mística" está sujeta a la aniquilación de las clases, géneros y especies, para aprehender lo Absoluto. La estrategia

del místico le obliga a la desclasificación, al nihilismo epistemológico, a ese “*entender no entendiendo*”.

Para un místico las clases son los mantos que cubren al verdadero Ser. De ahí que la mística, a pesar de los continuos llamamientos a la divinidad (entendiéndose a ésta como se quiera), no es otra cosa que la aplicación del nihilismo epistemológico: el saber último se encuentra en la negación de las clases epistemológicas. Se establece una vía que ha de finalizar en la completa aniquilación de las clases y el establecimiento de una *ciencia de la lucidez*. En este viaje a la lucidez se sobrepone al conocimiento meramente intelectual.

Desde nuestro punto de vista lo más importante a tener en cuenta estriba en que sólo los místicos han tenido plena conciencia de su acción desclasificadora. La antítesis perfecta del científico que la tiene en sentido inverso.

La diferencia entre el conocimiento puramente intelectual que requiere un sistema clasificatorio en toda regla y el intento de la *experiencia* de lo Absoluto, con su correspondiente proceso de aniquilación de las categorías, se podría ejemplarizar con el martirio del conocido *súfi* Mansûr Hallâj (858-922). Hace poco más de 1000 años Mansûr Hallâj salía por la calles de Bagdad gritando: “*Ana al-Haqq*”, esto es, “*yo soy la verdad*”. Nótese que no dijo “*yo sé la verdad*” como punto de culminación de su ciencia sino “*yo soy la verdad*”, el equivalente en aquellas circunstancias a afirmar “*yo soy Dios*”. Hacer pública esta sustancial diferencia entre ser y saber llevó al exaltado Mansûr a un suplicio seguro: lo crucificaron en Bagdad después de un complejo proceso.⁴

Del mismo modo que los ulemas bagdadíes liquidaron de raíz semejante desviación la historiografía moderna del pensamiento también ha cumplido perfectamente con su misión. Es sorprendente comprobar a quienes se han rebajado al estamento de mística bajo los criterios actuales, a unos por exponer de forma explícita posiciones fundamentadas en la negación de las clases epistemológicas, a otros, simplemente, por ser excepciones al sistema clasificador del pensamiento y no saber a ciencia cierta dónde colocarlos. Los hay que quedan en el limbo y se desechan o recuperan según las modas al uso.

[5]

*“Cuanto más alto se sube,
tanto menos se entendía,
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien la sabía
queda siempre no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.”*

4.- Seres de palabras.

La ascesis de cuerpo es insignificante ante la ascesis de la palabra. Aplastarse los órganos sexuales entre dos piedras como gustaban ciertos eremitas es un juego comparándolo con la aniquilación última que no es otra que la del lenguaje. Hemos de situarnos ante la premisa de que tan sólo somos seres de palabras. De ahí que el diálogo de los hombres con Dios o con la Naturaleza no sea otra cosa que un diálogo del Terror donde el enemigo del aspirante a la lucidez es la Palabra misma.

⁴ A quien quiera saber más sobre este interesante personaje le remito al excelente estudio de L. Massignon: *La Passion de Hallâj*, Gallimard, 1975.

Bien que se reirían los viejos maestros de los tan cacareados “límites del lenguaje”; a la inversa de lo que ocurre en la actualidad, donde el lenguaje se vincula inefablemente al conocimiento, para casi todos los personajes a los que podríamos tildarlos como desclasificadores natos el lenguaje no es más que un instrumento del deseo. De ahí que los únicos límites que se reconocían al lenguaje eran los de los deseos del hombre. Algunos irían más lejos y no dudarían en considerar el conocimiento como una de las más viles pasiones del hombre.

Desde esta posición se entiende el lenguaje como otra desagradable necesidad, la que tiene el hombre, en este caso a un nivel psicológico, de recrear el mundo y acomodarlo a su naturaleza bajo múltiples categorías. Y el instrumento utilizado para llevar a cabo este ridículo intento de permanencia no es otro que la Palabra. A través de la Palabra se quiere inmovilizar el devenir, tratar con el reposo absoluto de la materia, atrapar todo lo que es fugitivo y, lo que es más importante, velar la unidad y la unicidad de lo existente. Esta necesidad psicológica nos arrastra hasta una situación límite: dar nombre a los seres. Nombrar, determinar y clasificar son los medios de sobresalir en el circo de los sabios con conceptos como Dios o la clase única.

Mancillando severamente las escalas ontológicas típicas del avicenisismo más acérrimo, el *shayj al-ra'īs* me perdone, se podría entender mejor esta enemistad con la Palabra. Es la Naturaleza quien ha engendrado a su antítesis, la Palabra. En el devenir de la Materia, nuestra capacidad de conceptualizar, el mundo de las ideas, el reino de la Palabra, es el último tramo de un ciclo, el de la Materia misma, que realiza un ciclo completo que comienza en el vacío y finaliza en el vacío. La Materia, en este ciclo cósmico es un atípico, una transición, o una degeneración tal y como la entendían ciertas escuelas, del estado perfecto, del estatus ontológico puro: la Nada.

En la más pura esencia de la desclasificación absoluta algunas escuelas someten al iniciado a un proceso que ha de concluir con la destrucción de la Palabra. Se establece un combate en el que la victoria sobre el lenguaje da lugar a la aprehensión de la Realidad, llámese a ésta como se quiera. La victoria de la Realidad es la aniquilación de la Palabra, la de la Palabra el encarcelamiento dentro de la jaula de los conceptos y la separación de la Realidad, la alienación frente a la unidad y la unicidad de la existencia como lo entenderían los *sūfi*. En este caso el silencio, al contrario que ese “callarse” wittgenteiniano, adquiere un valor metodológico y no excluyente. Siguiendo la lógica de la aniquilación, objeto de todo combate, el silencio y la extinción de la Palabra, la aniquilación misma se establece como un método para alcanzar la aprehensión de la Realidad.

Que semejante desvarío haya nacido de estados alterados de la conciencia, que el lector empiece a considerar a los conciliábulos de “iluminados” como carne de pabellón psiquiátrico o que todo esto no sea más que un mal sueño no afecta en lo más mínimo nuestro interés primordial: la existencia de la desclasificación en el mundo de las ideas.

[7]

*“Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan emprender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo,
irá siempre trascendiendo.”*

5.- Dios y la clase única.

Del mismo modo que Quine proponía la definición de clase única pseudo-Dionisio Areopagita ya en el siglo V .d.C. realizaba un esfuerzo parejo intentando discernir cómo nombrar correctamente a Dios, esto es, clasificarlo⁵. El modo de proceder del Areopagita es una de las mejores exposiciones para investigar la dialéctica de la desclasificación, al menos en un plano teórico.

El Areopagita comienza aceptando el sistema de clasificación positivo de la divinidad que se sustenta en los nombres que recibe Dios en las Sagradas Escrituras. De quedarse en este paso apenas tendría interés para nosotros. Pero encuentra insuficiente el carácter metafórico de los nombres de Dios al uso y, negando los atributos positivos, pasa a constituir lo que se conoce como teología negativa. No contento con esto, aún va más allá de las dos clasificaciones posibles, positiva y negativa, y propone lo que se ha dado en llamar teología superlativa donde se considera que la divinidad trasciende a cualquier clasificación humana, incluso angelical. Las nomenclaturas son deficientes y la única vía para alcanzar el conocimiento último es el no saber, la ignorancia total.

Es la primera vez que en el Occidente cristiano se expone tan explícitamente la metodología desclasificadora. Su influencia se dejará sentir durante toda la Edad Media y acabará por incorporarse como método epistemológico en la mística de Eckhart y S. Juan de la Cruz.

Si pseudo-Dionisio Areopagita marca el comienzo en lo que se conocerá como teología mística el *sūfi* murciano ibn 'Arabi (1165-1240), *shayj al-Akbar* (el gran maestro), culminará una de las fases de la mística musulmana con su correspondiente intento de clasificación de Dios, en este caso Allâh. Su forma de operar está mucho más limitada por las precauciones que hay que tomar en su tiempo, pero no por ello deja de ser paradójica. El primer capítulo de su *Tadkira*⁶ o profesión de fe, dedicado al *tawhid* o unicidad de Dios, ibn 'Arabî presenta las dos formas de clasificar a Dios que eran comunes a la tradición del pensamiento musulmán; por un lado la propia de la teología negativa de origen mu'tazilî, por otro la que nace de la teología positiva pero sin llegar a caer en el atropofomismo tan patente en el Corán y que tantos quebraderos de cabeza daría a los sabios musulmanes. Ibn 'Arabî se amolda a uno de los principios que tradicionalmente ha regido el pensamiento musulmán y que tiene su origen en la profesión de fe musulmana: "*no hay Dios, sino Dios*". Dos proposiciones antitéticas pueden convivir y tener validez juntas, de ahí que se puede afirmar que "*Dios es y no es*", "*está y no está*", etc. Aplíquese este método hasta sus últimas consecuencias y se observará que el juego de la "doble verdad" puede llevar a puertos insospechados.

Dos intentos clasificatorios que acaban en dos posturas desclasificadoras; una radical abrazando el nihilismo epistemológico y la otra, aparentemente de compromiso, capaz de corroer hasta la médula cualquier concepción asentada.

[6]

"Este saber no sabiendo"

⁵ El *Corpus areopagiticum* es otra de las víctimas de "las modernidades", sólo los nuevos vientos podían relegar una obra tan influyente como desconocida salvo para teólogos y especies afines. Para los más osados existe una magnífica edición en castellano: *Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1995.

⁶ Roger Deladriere: *La profession de foi d'ibn 'Arabî, texte, traduction et commentaire de la Tadkira* (these), Université de Lille, 1975.

*es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.”*

6.- La expresión de la desclasificación.

Creo que era Esopo quien decía “*cuando más pequeña es la inteligencia más grande es el concepto*”. Esta afirmación es aplicable al tema que nos ocupa, ¿cómo se han transmitido las metodologías desclasificadoras?, ¿cuáles son los medios de expresión de los resultados de esas metodologías?

No es nada fácil encontrar el justo equilibrio para explicar o transmitir semejantes experiencias sin verse atrapado por los estrechos márgenes del discurso. Por eso no ha de extrañar que un buen número de autores proclives a la aniquilación de las clases escogiesen como medio expresivo la poesía, la antítesis de una arquitectura de la verdad. Desde el punto de vista de estos autores se considera que *la verdad tiene tal forma poética que se trasciende a sí misma transformándose en no-verdad*.

El exceso de formalismo de nuestra época clasifica sin más al que hace verso como poeta y al que escribe ensayos como filósofo o “ensayista”. A más de uno le debe doler que Parmenides escribiese en hexámetros su famoso texto. El estatus del primero carece por completo de verisimilitud al no adaptarse a una arquitectura de la verdad dominante. Lo mismo podríamos decir del “ensayista” si lo comparamos con quien se exprese mediante ecuaciones diferenciales.

Del mismo modo que la experiencia desclasificatoria tiende a expresarse mediante la poesía el método que nos ha de llevar a ella se puede circunscribir, en la medida de las posibilidades, al imperio de la lógica y plasmarse en un ensayo como en los dos casos expuestos anteriormente. El método sí es “descriptible” pero sus resultados no.

No hay que olvidar que los hubo menos dado a la alquimia de la palabra y prefirieron el relato alegórico, a veces impelidos a ello con el fin de salvaguardar su cabeza mediante la sutil ocultación del mensaje.

El caso de Omar Khayyam es significativo en este sentido. Uno de los mayores astrónomos y matemáticos de su tiempo cuyos libros que escribió sobre estas materias y la reforma del calendario persa así lo avalan. Para mayor desconuelo de desclasificadores aún se atrevió a redactar un tratado de metafísica al uso con las consiguientes restricciones propias de la época. Ya de avanzada edad, aficionado a levantar el codo e intentando atrasar el ocaso de su virilidad, compone unas cuartetos donde se refuta a sí mismo y de paso al resto de los hombres doctos; la elección de la poesía para expresar el nihilismo epistemológico no era casual.⁷

[8]

“Y, si lo queréis oír,

⁷ Para mayor ironía y despiste de modernos sus famosas cuartetos, escritas en farsi en su origen, tienen una estructura formal absolutamente rigurosa, de orden matemático.

*consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.”*

7.- El memorial de los mártires.

A modo de conclusión lanzaríamos una llamada en pos de realizar estudios mucho más profundos que puedan mostrar, diríase que hablamos de rehabilitar, un esquema más compactado de lo que se podría considerar como *pensamiento desclasificador*.

Es una propuesta para quien ose meterse en estos vericuetos. Quizá la primera actividad debería ser empezar a reconsiderar los sistemas de clasificación del pensamiento europeo, especialmente en los dos últimos siglos, y de ahí presentar batalla con el fin de recuperar a los excluidos de esa sistemática. Dentro de ese contexto una lectura desclasificadora de parte de la mística europea sería necesaria para hacer un poco de mella en la unilateralidad actual, pienso sobre todo en el *quietismo* de Miguel de Molinos (1628-1696) y Juan Falconi (1596-1638). Tampoco podemos olvidar a la escuela alemana con Eckhart (1260-1328) y Tauler (1300-1361), muy interesante al presentar las insuficiencias que caracterizan a la epistemología tradicional.

Un tema aparte pero bastante jugoso en sus posibles consecuencias, en tanto y en cuanto muestra con suma claridad las idas y venidas desde la clasificación a la desclasificación y, a veces, a la inversa, son las descomunales disputas que acontecieron entre influyentes personajes. Por ejemplo la crítica de Averroes “el comentador”, para nosotros el clasificador, contra Avicena y su regreso, traición para algunos, a la filosofía de los orientales (*ishrâqiyyûn*). La del mismo comentador, más propenso a la gresca que un estibador borracho, contra al-Ghazalî (m. 1111), pensador cuya trayectoria vital no deja de ser asombrosa y edificante.

Habrá también que pescar en el purgatorio de los poetas. Quizá el más importante a recuperar sea Abû Allâh al-Mâ’rri (973-1057), estandarte del nihilismo epistemológico en su tiempo y, cosa curiosa, pese a su importancia no hay traducciones aceptables en lenguas occidentales.

El lector se habrá percatado que este texto sólo concierne a “moros y cristianos”. Esto se debe a la limitadas luces del autor; es una prioridad salir de nuestra pequeña “área gnoseológica” y buscar los modos del *pensamiento desclasificador* en otras culturas. Seguro que nos encontraremos con sorpresas.

Ofen, junio de 2005